

Beata Josefa Masiá de la Purificación, 1887-1936

El 11 de marzo de 2001 el papa Juan Pablo II reconoció solemnemente como mártires de Cristo a 233 cristianos asesinados durante la guerra civil que desgarró la sociedad española desde julio de 1936 a abril de 1939. El grupo más consistente provenía de la diócesis de Valencia y era bastante heterogéneo. Había en él sacerdotes, monjas contemplativas, religiosos de vida activa y un buen número de seglares. Entre las monjas contemplativas descollaba la madre Josefa Masiá de la Purificación, agustina descalza del convento de Benigánim.

En la soledad del monasterio

Sor Josefa nació en Algemés (Valencia) el 10 de junio de 1887 en el seno de una familia de agricultores profundamente cristianos. De su padre, Vicente, no quedan noticias especiales. Murió el 31 de julio de 1916. La madre, Teresa Ferragut, tuvo siempre fama de cristiana fervorosa. Durante años fue presidenta de la Conferencia de San Vicente de Paúl del pueblo. Los testigos hablan del fervor y recogimiento que reinaba en su casa. Era voz común que “en su familia eran todas unas santas”. La abundante floración vocacional con que Dios la bendijo confirma esa opinión. Su único hijo profesó como capuchino con el nombre de Serafín de Algemés y cinco de las seis hijas ingresaron en conventos de clausura. María Vicenta, María Verónica y María Felicidad lo hicieron en el convento capuchino de Agullent (Valencia); otra, de nombre desconocido, en San Julián de Valencia; y nuestra María Josefa en las agustinas descalzas de Benigánim. Sólo Purificación quedó en siglo. Las tres primeras y su misma madre acompañarían a María Josefa en la prisión y el martirio. La cuarta murió antes de la guerra de 1936.

María Josefa hizo sus estudios primarios en el colegio Santa Ana de su pueblo. De joven llevó una vida retirada como todas sus hermanas, y muy pronto se sintió llamada a la vida religiosa. Visitaba la iglesia a diario, comulgaba con frecuencia y se encargaba de adornar el altar del Sagrado Corazón. El 2 de febrero de 1905 vestía el hábito agustino descalzo en Benigánim (Valencia) y al año siguiente pronunciaba sus votos. En el convento descolló por su amor a la vida religiosa. Sus compañeras destacan su laboriosidad, silencio y espíritu de pobreza. Por sus poemas vemos que concebía la vida religiosa como un encuentro personal con Cristo, cuyo amor hace dulces todos los sacrificios. Por amor al esposo busca la soledad, la humillación, el trabajo callado y escondido, y llega a ofrecerse como víctima por sus pecados y por los toda la humanidad. “Por tu amor, Jesús querido/, yo quiera enloquecer,/ por tonta y despreciada/ del mundo desaparecer [...] Que viva desconocida/ oculta en el trabajar/ en callar y obedecer/ y cumplir tu voluntad”. Vivió contenta su consagración y dedicaba largas horas a la oración, destacando por su tierno amor al Sagrado Corazón.

Fue priora de la comunidad durante un trienio (1932-35) y al estallar la guerra desempeñaba el oficio de maestra de novicias. En 1931, a pesar de amenazas y peligros evidentes, no quiso abandonar el convento y permaneció en él con otras seis religiosas. En julio de 1936 también quiso permanecer en su amado convento. Pero al no encontrar quien secundara sus deseos, hubo de abandonarlo, buscando refugio en casa de su madre. En ella se hallaban ya recogidas sus hermanas capuchinas. Todas juntas hicieron durante unos meses vida auténticamente monástica, guardando la clausura, rezando el oficio divino y respetando las horas de silencio y recogimiento. Su hermana Purificación, que la visitaba a diario, testificó que en estos meses acentuó su antigua

espiritualidad victimal. “En aquellas visitas me decía que pasaba las noches en oración, pidiendo a Dios por la Iglesia y por España”.

Cual nuevos macabeos

El 19 de octubre de ese mismo año, hacia las cuatro de la tarde, un grupo de cuatro milicianos se presentó en la casa para llevarse a las religiosas. Su madre no quiso separarse de sus hijas, y todas juntas fueron encerradas en el convento cisterciense de Fons Salutis, convertido en cárcel. Allí pasaron una semana esperando la muerte. Los carceleros intentaron apartarlas de su profesión con halagos y promesas, pero ellas rechazaron indignadas sus propuestas. A las 10 de la noche del día 25, fiesta de Cristo Rey, las cargaron en un camión y a la entrada de Alcira, en el término conocido con el nombre de “Cruz Cubierta”, las fusilaron una tras otra.

Los milicianos habían pensado comenzar con la madre, pero la intrépida heroína les rogó que comenzaran con sus hijas y luego podrían seguir con ella. “Quiero saber qué hacéis con mis hijas. Si las vais a fusilar, matadlas primero a ellas y después a mí. Así moriré tranquila”. Y después, a ejemplo de la madre de los Macabeos, volviéndose hacia sus hijas las alentó a no traicionar en el momento de la prueba el amor del esposo. “Hijas mías, sed fieles a vuestro esposo y no consintáis en los halagos de los hombres”. Momentos después veía cómo los cuerpos de sus hijas rodaban uno tras otro por el suelo, víctimas del plomo asesino.

Los milicianos llevaron los cuerpos de las cinco mártires al cementerio de Alcira, desde donde día 2 de julio de 1939 fueron trasladados al de Algemés. Luego los sepultaron en la cripta del convento de *Fons Salutis* y, por último, el 16 de abril de 1961, los depositaron en la iglesia parroquial de San Pío X de la misma localidad. En diciembre de 1958 el proceso sobre su martirio confluía, a ruegos del postulador de los agustinos recoletos, en el del capuchino Aurelio de Vinales y compañeros mártires, y el 13 de abril del año siguiente el arzobispo de Valencia dio por concluida su primera fase.

Espiritualidad esponsal

La madre Josefa cultivó esporádicamente la poesía. Al Archivo General de la orden agustinos recoletos han llegado tres poemitas de 47 cuartetas cada uno. No son un modelo de perfección formal. A veces hasta la rima vacila. En cambio, rebosan simplicidad, tensión y profundidad religiosa. En los dos primeros es ella la que habla a Cristo. Le busca desde la soledad, le cubre de requiebros amorosos y aspira a fundirse con él en un abrazo que se prolongue por toda la eternidad. Por amor al esposo divino se declara dispuesta a la inmolación total de su ser. No le espanta ni la soledad, ni el desprecio de los hombres, ni la enfermedad ni la desolación. “Herida con el dardo de su amor”, sólo desea que “me reconozcas pro tuya/ al salir de esta prisión”. El tercero intitulado el Corazón de Jesús se dirige a la madre superiora para consolarla” lo compuso durante el trienio de su priorato. Su protagonista es Cristo, deseoso de que su esposa, “distráida” en las mil tareas de su oficio, encuentre momentos de “silencio” para abrirle su corazón y brindarle consejo y protección. Se queja de que no confíe sólo en él y que recurra a consuelos humanos: “Te veo preocupada,/ derramada en lo exterior,/ buscando en las criaturas/ el amparo y su favor/. Con esto manifiestas / que me tienes poco amor/ y pierdes la confianza/ que ha de haber entre los dos”.

A. MARTÍNEZ CUESTA